LA CITA.

Storia antica narra esta.

Es de noche, y de la luna
Al reflejo, se retrata
La celebrada Venecia
En el fondo de sus aguas,

Como una soberbia nave,
Con sus velas desplegadas,
En medio del Oceano
Detenida por la calma.

Del bravo Leon de San Márcos
Dormida bajo la garra,
Ni el bullicio de sus gentes,
Ni el clamor de su campanas,

Ni la voz del gondolero
Que melancolica y clara
Del Arïosto, ó del Tasso
Va entonando las estancias,

Al agradable sonido
De su festiva guitarra,
O al rüido compasado
Que con sus remos levanta,

Interrumpen el silencio
En que sumerjida se halla
Del Adriático la reina,
Por los siglos destronada.

Del Carnaval bullicioso
Acabose la algazara,
Y enmudecieron las calles,
Los pórticos y las plazas:

Las músicas ya no suenan,
Se interrumpieron las danzas,
Y cesaron los engaños,
Los enredos y las tramas;

Y los burlados galanes
Volvieron á sus moradas,
Y en sus regalados lechos
Estan las astutas damas,

Sonriéndose á sus solas,
Ya de la necia confianza,
Ya del inaudito arrojo,
O de la soberbia vana

Con que aquellos las divierten,
Con el que éstos las espantan,
Y con la que necios todos
Las persiguen y enfadan.

Mas en soledad tan honda
Y en medio de tanta calma,
Del puente de los Suspiros
Bajo la gótica arcada,

Un objeto se descubre
Que lentamente se avanza,
Y en ligero balanceo
Se mueve sobre las aguas:

Es una pequeña góndola
Ligera y desentoldada,
Que en los revueltos canales
Se desliza solitaria,

Y en cuyo fondo se miran,
A la luz pálida y clara
De la alta luna, los bultos
De dos figuras humanas:

Son dos hombres, que un silencio
Nunca interrumpido guardan:
El uno rema con fuerza,
Y en su gorra colorada,

Y en sus gregüescos azules
Y mas que todo, en su cara,
Se descubre al gondolero
De Venecia la encantada,

Al testigo de las riñas,
De los duelos y estocadas,
De las citas amorosas,
De los raptos, de las ansias

De los maridos que zelan,
De los amantes que aguardan,
O del esbirro que espia
La persona designada

Al golpe oculto y certero
De su bien templada daga.
El otro su rostro oculta
Hasta la frente inclinada;

Mas del negro sombrerillo
En la fina pluma blanca,
Prendida con rico broche
De diamantes y esmeraldas,

Revela que un caballero
Se oculta bajo la capa....
¿Es un marido que vuela
A tomar dura venganza

De la que vendió su honor,
O del que empañó su fama?
¿Es un amante que busca
De su dama la morada,

Para moverla con cantos
Al frente de sus ventanas?
¿O es un amante que ansioso
Lleno de dulce esperanza,

O de temores, acude
Al sitio y hora fijadas,
A una cita, donde un premio
O un desengaño le aguardan?

De un edificio sombrío
Ante la vieja fachada
La góndola se detiene:
Se levanta el de la capa,

Y "aquí" dice al gondolero,
Y se acerca á la estacada,
Donde la góndola él mismo
Con fuertes lazos amarra;

Y sacando del jubon,
De seda una fuerte escala,
Y con maña y con cuidado
Echándola á la ventana

Sube por ella, y arriba
Hace sonar tres palmadas,
Y con voz clara y sonora
Repite aquestas palabras:

"Seguid los revueltos giros
Del canal hasta San Márcos;
Pasad los góticos arcos
Del puente de los Suspiros;

"Seguid derecho, hasta donde
Con la última casa déis,
Y allí me conoceréis,
Que allí os aguardaré, Conde...."

"Mas palabra por palabra,
Lo que acabo de decir
Debeis allí repetir,
Conde, para que yo os abra."

Esto dijísteis, Señora:
He cumplido, ya lo veis;
Tócaos á vos, y debeis
Conmigo cumplir ahora.

Rechinó sobre sus gonces
En el acto la ventana,
Y abrió sus hojas la mano
De una dama enmascarada:

El galan enamorado
Penetró ansioso en la estancia,
Lleno de desasosiego,
De curiosidad el alma:

Sin creer lo que veia:
Sentose al pié de la dama,
Y ésta interrumpió el silencio,
Dirigiendo la palabra

Al caballero, que inquieto
Y atento la examinaba,
Queriendo reconocerla,
Ya en el porte, ya en el habla.

—Exacto sois, que la hora
Es esta por mí prescrita.
—En acudir á una cita
Nunca fuí tardo, Señora.

—Mas ¿cómo es que habeis creido
En cita de Carnaval?
¿Cómo es que en la bacanal
No me echásteis en olvido?

—Olvidaros! ¿Quién podria
Olvidar tanto donaire;
Y ese garbo y ese aire
Que arroban el alma mia?

¿Cómo olvidar ese acento
Que llegó hasta el corazon,
Y engendró en él la pasion
En que me agito violento?

Desque os ví, fuísteis la estrella
Que me complací en buscar,
En aquel revuelto mar
Dó lucia tanta bella.

En vos tan solo he pensado,
Que en vos fijé mi destino;
Ni la algazara, ni el vino
A distraerme han bastado.

En vano os busqué despues;
Pero mi amor me animaba,
La noche inquieto aguardaba
Con ahinco é interes:

Todo calló, y mi fortuna
Ví en la góndola, que léjos
Apareció á los reflejos
De la sosegada luna.

Hasta aquí seguí el canal
En vuestra instruccion fiado,
Y ha mi fé realizado,
Mi cita de Carnaval.

—Os trajo curiosidad.
—No, sino amor.—Imposible.
—¿Lo dudais?—Tan susceptible
No os creo, Conde, en verdad;

Que sin mirar mi semblante
Háyais por mí concebido
Tal pasion, que aquí rendido
Os confeseis un amante.

¿Sabeis si soy bella, Conde?
¿Sabeis si aqueste antifaz
Es el que cuadra á mi faz
Y á mi estado corresponde?

¿Sabeis si con él intento
Tal fealdad encubrir,
Cual no puede concebir
Vuestro astuto pensamiento....?

—Imposible! Sois hermosa,
Vuestro talle me lo afirma,
Y mi creencia confirma
Vuestra voz dulce y graciosa.

Podria jurar por Cristo,
Que sois de hermosas modelo,
Aunque yo jamas el cielo
De vuestro rostro haya visto:

Vuestra flexible cintura,
Vuestro brazo soberano,
Vuestro cuello y vuestra mano
Revelan una hermosura....

—Galan estais, caballero,
Y enamorado á fé mia.
—Nunca fué galantería
Encomiar lo verdadero;

Que al traves de ese antifaz
Tantas gracias adivino,
Que de un aspecto divino
Juzgo ornada vuestra faz.

Aún vuestro nombre ignoro,
Y vuestro hermoso semblante
No miro aún, y no obstante,
Os repito que os adoro.

—¿Tan fácil sois en prendaros?
—Tal debe ser vuestra gracia,
Que ha tenido la eficacia
De prendarme sin miraros.

—Ya veo que la opinion
Que tiene de vos Venecia,
No es, Conde, errada, ni necia
Sino fundada en razon.

—¿Tan mal me juzgais?—No tal;
Digo lo que dice el mundo,
Y lo que digo lo fundo
En el dicho universal.

—Que es el vulgo maldiciente
Vos no lo ignorais, Señora;
¿Por qué dais crédito ahora
A la envidia de la gente?

—Si yo la creyera, aquí
Conde, estaria con vos?
—Pero decidme, por Dios,
Que es lo que dicen de mí?

—Dicen que sois en amar
Lijero, Conde, en extremo.
—No hay pruebas de ello.—Me temo
Que el vulgo las pueda dar.

—Luego creeis....—Yo no creo....
¿Porque el vulgo pruebas dé
He de convenir en que
Son ciertas....? Lo que no veo,

Lo que no palpo y no toco
Lo dudo al ménos, ya veis
Que aquí conmigo teneis,
Conde, que luchar bien poco.

—Aguardo con pruebas mil
Disipar la duda vaga....
—¿Sabeis, Conde, que eso alhaga
El orgullo femenil?

Rendirse á dar pruebas....! Pero
Sigamos nuestro relato:
Dicen que sois en el trato
Del amor, no muy sincero....

—Qué! ¿Dudais de la verdad
Del sentimiento que el labio....
—No lo tomeis por agravio;
Pero tengo vanidad;

Creo conocer del hombre
El corazon, y aseguro....
¡Qué digo, Conde! yo os juro,
Que al verme, al saber mi nombre,

Tal vez cambiarán de esencia
Vuestro afan y vuestro anhelo;
Tornaráse el fuego en hielo,
Y huiréis de mi presencia.

—Pero ¿quién sois?—A su tiempo
Lo sabréis.... Pero sigamos....
¿Sabeis, Conde, que encontramos
Un sabroso pasatiempo?

Jugamos al sacramento
De la santa confesion,
En una conversacion
En que creo estais violento.

—No tal.—Mas tened paciencia,
Que voy presto á concluir,
Y vos tal vez que cumplir
Tendreis una penitencia.

—Pero ese tono dejad,
O por Dios, me haréis creer
Que sois alguna mujer....
—Prosigo, Conde, escuchad:

Dicen tambien que en amores
Es mucha vuestra fortuna,
Que no se encuentra ninguna
Que no os ceda sus favores;

Pero agregan, que indiscreto
No solo su amor burlais,
Sino que de ellas os vais
A publicar su secreto.

—¿Creeisme infame?—No tal,
Digo lo que el vulgo dice,
Ese vulgo que maldice
Hasta del trono papal.

—Pero ¿quién sois?—No parece
Sino que la voz querida
Que ha poco os diera la vida,
Conde, ahora os enfurece....

Escuchad, aun dicen mas:
Dicen que hay una mujer....
(¡Cómo os pudo ella creer
Allá en tiempos muy atras!)

Una mujer que os rindió
Su pensamiento, su alma,
Que por vos la dulce calma
De su corazon perdió;

Una mujer bella y pura
Que por vez primera amaba,
Y que en ese amor cifraba
Del porvenir la ventura;

Que apénas os vió, rendida
Os consagró su existencia,
Y desde entónces la esencia,
Ese amor, fué de su vida....

¿La recordais Conde?—Acaso
Para contarme una historia
De que yo no hago memoria....
—Concluirémos, Conde, el caso,

Y entónces tal vez haréis
Memoria.—¿Pero qué empeño
Teneis en contarme un sueño,
Cuando vengo....—¿Lo creeis

Sueño, Conde? ¡A Dios pluguiera
Que tal fuese....! Pero vamos,
Es fuerza que concluyamos
Esta historia verdadera.

Pero escuchad, Conde, atento,
Y pensad en lo que oiréis,
Y os aseguro que haréis
Memoria de lo que os cuento....

¡Pobre mujer inexperta!
Sin conocer los engaños
De este mundo, ni los daños
A que amor abre la puerta,

Os reveló su pasion
En su voz, en su mirada,
Y os entregó la cuitada
Su sencillo corazon:

Vos, Conde, en amor versado,
Y maestro en seducir,
Supísteis tan bien fingir
El rendido enamorado,

Que incauta en la red cayó,
Y lo que era fingimiento
Ella lo juzgó ardimiento,
Y en sus lazos se enredó.

Vos proferísteis lijero
Mil juramentos; amarla
Siempre, jamas olvidarla,
Todo á fé de caballero....

¿Ya os acordais, Conde? En vano
Disimular pretendeis;
Vos mismo, Conde, os haceis
Traicion.... Mirad vuestra mano

Como tiembla, y vuestra frente
Como se anubla.....—Señora,
Ha pasado ya la hora
Del Carnaval.—Impaciente

Estais, Conde, por demas;
Pero si el fin de esta cita
Curiosidad os excita
A saber, escuchad mas:

La pobre mujer sentia
Que se huia su sosiego,
Y en un devorante fuego
Sin cesar se consumia:

Amor con fuerza terrible
A ser vuestra la arrastraba,
Y el deber la sujetaba
Con su fuerza irresistible;

Y en esta lucha, Señor,
Que sostuvo la mujer,
Entre el amor y el deber,
Venció al deber el amor.....

Ella os juzgaba sincero,
Y vuestra pasion creyó....
¡Cuánto ¡oh Conde! se engañó
En creeros caballero!

Despreciando su razon,
Llegó un momento en que loca,
Os dejó oir de su boca
De su amor la confesion;

Y os estrechó entre sus brazos,
Manchando ingrata y perjura,
Con esa pasion impura,
De un amor casto los lazos;

Ofendiendo á un tierno esposo,
A cuyo lado, inocente,
Alzaba pura su frente
Gozando dulce reposo;

Y vos turbásteis su calma,
Y hasta al crímen la arrastrásteis,
E inhumano desgarrásteis
De aquella mujer el alma....

¿Recordais, Conde, aquel dia
Que en copa mentida de oro
Bebió ella el crímen, decoro
Y honra olvidando á porfía....?

Cuando ya el remordimiento
A atormentarla empezaba,
Sofocarlo ella intentaba
De amor con el ardimiento;

Y en cambio de su reposo,
Amor ardiente y constante
Os pidió ella como á amante
Favorecido y dichoso....

Y en pago de tanto amor,
¿Qué dísteis á esa mujer....?
Vuestro inicuo proceder,
¿No os ruboriza, Señor....?

Apénas os separásteis
Ya vencedor, de su lado,
Despues de haber mancillado
La honra de un hombre, volásteis

Al seno de inmunda orgía,
Donde la nobleza ociosa
De Venecia, licenciosa
Su nombre prostituía:

Y allí, entre la risa impura
De lasciva cortesana,
Os sorprendió la mañana
Contando vuestra aventura: